

que lo reframos á algun sentido espiritual para poder dar la solucion; y que lo que nos quiere dar á entender en esto el Espíritu Santo, es que entonces ha de ser la fiesta y el regocijo espiritual, cuando uno va creciendo y haciéndose varon perfecto, y ya no es de aquellos que dice el Apóstol: "Como á niños os he dado leche y no manjar sólido (1)." Y aplicándolo mas á nosotros, lo que nos quiere decir es, que no es el gozo y regocijo de la Religion, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando naceis en la Religion entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os reciben en ella; sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que ya no gustais de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabeis comer pan con corteza y os pueden tratar como á hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto tiene la oracion otra trabazon y hermandad particular con la mortificacion, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificacion de la carne. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sábio en varios pasages: «Las vigiliass y la frecuente meditacion y consideracion maceran y amortiguan la carne (2).» Y esto nos dá tambien á entender la Escritura Divina en aquella lucha que tuvo el Patriarca Jacob con el Angel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo (3). Y por esperiencia vemos que los que se dan mucho á estos ejercicios mentales, andan flacos, descoloridos y enfermos, porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne, y gasta las fuer-

(1) Tanquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam. *I. ad Cor.* III, 1.

(2) Vigilia honestatis tabefaciet carnes. *Ecles. XXXI, 1.*—Frequens meditatio carnis afflictio est. *Eclesiastes*, XII, 12.

(3) *Genes.* LXXII, 24.

zas y la salud, y asi por todas partes ayuda mucho la oracion para la mortificacion.

CAPITULO II.

En qué consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos.

Para que llevemos esto de raiz, es menester presuponer lo primero, que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porcion superior y porcion inferior; y por otros términos mas claros, razon y apetito sensitivo. Y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre, esta porcion inferior estaba perfectamente sujeta á la superior, el apetito á la razon, como cosa menos noble á la mas noble y como natural siervo á su señor. No crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos (1); entonces, sin ninguna dificultad ni contradiccion, antes con mucha facilidad y suavidad obedecia el apetito á la razon, y se iba el hombre á amar á su Criador y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbases. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo á la razon que no se podia levantar movimiento ni tentacion ninguna de la carne, sino es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fuéramos entonces tentados de ira, ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, sino es que nosotros por nuestra voluntad le quisiéramos tener. Empero por el pecado, como la razon se rebeló contra Dios, rebelóse tambien el apetito sensitivo contra la razon. "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero," decia el Apóstol san Pablo (2). Contra toda vuestra vo-

(1) Fecit Deus hominem rectum. *Eccl.* VII, 30.

(2) Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago. *Ad Rom.* VII, 19.

luntad, aunque os pese, se levantan en vuestro apetito sensitivo movimientos y aficiones contrarias. Y mas, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el ánima quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningun impedimento. Pero ahora, para muchas cosas para que el alma se siente hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo (1): á la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, y tropieza á menudo, cánsase, y á veces no la podemos menear, espántase de la sombra, échase al mejor tiempo; tal es ahora este nuestro cuerpo. Este fué el castigo y justo juicio de Dios, dice san Agustin (2); esta es la pena y la justicia que mandó hacer la Magestad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso obedecer á su Criador y Señor, que tampoco le obedezca á él su carne y apetito, sino que sienta en sí una continua guerra y rebelion. Dicen los teólogos con Beda (3) que el hombre por el pecado no solo quedó despojado de la justicia original y de la gracia y de los demas dones sobrenaturales anejos á la justicia original, sino quedó llagado y estragado en lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre alvedrio enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion tan inquieta y desasosegada que apenas podemos rezar un Pater noster con el pensamiento fijo puesto en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuer-

(1) Corpus, quod corrumpitur, aggravat animam. *Sap.* IX, 15.

(2) Haec est enim poena inobedienti homini redita in semetipso, ut ei vicissim non obedatur neque a semetipso. *August. lib. contra adversarium legis, et Prophetarum cap.* 14.

(3) Fuit spoliatus gratuitis, et vulneratus in naturalibus. *Beda.*

po y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar; los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada; finalmente, quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, sino que el que antes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama mas á sí que á Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseoso de hacer su propia voluntad, inclinado á cumplir sus apetitos y á dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sean contra la razon y contra Dios.

Mas: habemos de notar que, aunque por el bautismo se nos quita el pecado original, que fué causa de este desconcierto, empero no se nos quita esta esencion y rebeldia de nuestro apetito contra la razon y contra Dios que llaman los teólogos y los Santos «cebo é incentivo del pecado (1).» Quiso Dios nuestro Señor, por su justo y alto juicio y disposicion, que nos quedase esta rebeldia y contradiccion para reprimir nuestra soberbia y en pena de ella, para que anduviésemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoseándole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no lo supo conocer ni agradecer (2); y asi mereció que Dios le despojase y privase de eso y quedase hecho semejante á las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que así se conozca y humille, y no tenga ya ocasion de ensoberbecerse, que no tenemos ninguna si nos supiésemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

(1) Fomes peccati. *Bon. lib. 2 de profectu religionis. cap.* 33.

(2) Homo cum in honore esset, non intellexit. comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. *Ps.* XLVIII, 21.

Lo segundo, tenemos de suponer otro fundamento principal en esta materia, que se sigue de lo dicho: que este nuestro apetito, así desconcertado y desordenado, esta mala y perversa inclinacion de nuestra carne es el mayor impedimento y estorbo que tenemos para caminar en el camino de la virtud. Esto es lo que decimos comunmente, que la carne es nuestro mayor enemigo, porque de ahí nacen todas nuestras tentaciones y caidas, como dice Apóstol Santiago en su canónica: “¿De dónde entre vosotros hay guerras y contiendas, sino de vuestras concupiscencias, que batallan en vuestros miembros (1)?” Esa nuestra sensualidad y concupiscencia, ese amor propio desordenado que tenemos á nosotros mismos, es causa de todas nuestras guerras, de todos nuestros pecados y de todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos. Y así, esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud. Esto, los mismos filósofos, con la luz y razon natural, lo conocieron: Aristóteles dijo (2) que toda la dificultad de ser un hombre bueno y virtuoso está en refrenar y moderar los deleites y las tristezas; Epicteto reducía toda la suma de la filosofía á estas dos breves palabras: «Sufre y abstiénete (3);» porque toda la dificultad de la virtud está en estas dos cosas: en acometer y sufrir el trabajo y en abstenernos del deleite y gusto. Y bien lo experimentamos todos, porque ningun hombre peca, sino ó por huir alguna dificultad y trabajo, ó por conseguir algun gusto ó deleite, ó no abstenerse de él. El uno peca por el amor y codicia de la hacienda; el otro por la codicia y ambicion de la honra; este por conseguir el deleite car-

(1) Unde bella, et lites in vobis? nonne hinc ex concupiscentiis vestris, quae militant in membris vestris? *Jacob. IV. 1.*
 (2) *Arist. lib. 7 Ethicor. c. 7.*
 (3) Sustine, et abstine. *Epict.*

nal y sensual; aquel por huir la dificultad y trabajo que siente en el cumplimiento de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque tiene mucha dificultad en amar á su enemigo, ó en ayunar, ó en confesar sus pecados vergonzosos y ocultos. Todos los pecados nacen de aquí; y no solo los pecados, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, como diremos despues (4).

Con esto se entenderá bien en qué consiste la mortificacion, que es en concertar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones y el amor propio desordenado. Sobre aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor: “El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su Cruz, y sigame (2);” dice San Gerónimo: «Aquel se niega á sí mismo y lleva su Cruz que antes no era honesto y se hace casto y honesto; antes no era templado, y se hace muy abstinente; antes era tímido y flaco, y se hace fuerte y constante (3).» Eso es negarse á sí mismo, hacerse otro del que antes era.

Esta es tambien la necesidad que de la mortificacion tenemos. Y así añade San Basilio: «Advertid, que primero dijo: *niéguese á sí mismo*; y luego dice: *y sigame*. Porque si no haceis primero esto de negar y quebrantar vuestra propia voluntad y mortificar vuestras malas inclinaciones y apetitos, hallareis muchas ocasiones y estorbos que os impedirán el seguir á Cristo: es menester allanar primero el camino con la mortificacion. Por eso pone él la mortificacion por fundamento, no solo de la perfeccion, sino de la vida cristiana (4). Esta es la cruz que

(1) *Cap. XII.*
 (2) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. *Luc. IX. 23. — Matth. XVI. 24.*
 (3) *Hieron. Epist. ad Algasiam.*
 (4) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. *II. ad Cor. IV. 10.*

habemos de llevar siempre acuestas si queremos seguir á Cristo. Esto es lo que dijo Job: “que la vida del hombre es una continua guerra (1),” porque como dice San Pablo: “La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son dos contrarios enemigos (2).” Esa es la guerra continua que traemos con nosotros; y el que venciere y sujetare mejor su carne y apetitos, este será mejor y mas fuerte y valeroso soldado de Cristo. Y así dicen los gloriosos Padres y doctores de la Iglesia Gregorio y Ambrosio (3), que esta es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios: la cual no consiste en las fuerzas y brazos del cuerpo, sino en la virtud del ánimo, en vencer su carne, en contradecir sus apetitos y deseos, en menospreciar los deleites y contentos de esta vida, y en llevar bien los trabajos y adversidades que se ofrecen. Y añaden que mas es regirse uno á sí y ser señor de sí y de sus pasiones y sentidos, que regir y sujetar á otros, conforme á aquello del Sábio: “Mejor es el paciente que el varon fuerte; y el que se vence á sí mismo que el que conquista ciudades (4).” Y dá la razon San Ambrosio: «Porque mayores enemigos son nuestras malas inclinaciones y pasiones que los enemigos exteriores (5).» Y tratando de lo mucho que vino á valer José, dice que mas fué y mas hizo en regirse y ser señor de sí, no consintiendo con su ama en el adulterio, que en regir y gobernar despues todo el

(1) Militia est vita hominis super terram. *Job. VII. 1.*
 (2) Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem. Haec enim sibi invicem adversantur, ut non quaecunque vultis, illa faciatis. *Ad Galat. V. 17.*
 (3) *Greg. lib. 7. — Mor. cap. 8. — Ambros. lib. 1 de Officiis, cap. 36.*
 (4) Melior est patiens viro forti et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium. *Prov. XVI. 32.*
 (5) Graviore inimici sunt pravi mores, quam hostes infesti. *Ambr. serm. 87 de Eliseo.*

reino de Egipto (1). Y San Crisóstomo dice que mas hizo David, venciendo y mortificándose en no querer vengarse de Saul, cuando le pudiera matar en la cueva, que cuando venció al gigante Goliath. Y los despojos de esta victoria, dice (2), no los puso en la ciudad de Jerusalem la del suelo, sino en aquella soberana Jerusalem del cielo; y no le salen aquí al encuentro cantando alabanzas las mugeres de Israel, como cuando venció á Goliath, sino el ejército de los Angeles se regocijaba de lo alto y se maravillaba de su virtud y fortaleza.

CAPITULO III.

Que es de los mayores castigos de Dios el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que se vaya tras ellos.

Para que se entienda mejor la necesidad que tenemos de mortificar nuestra carne y apetitos, y así nos animemos á tomar las armas contra este enemigo, importa mucho que conozcamos bien cuán gran contrario y enemigo es este. Ésto tanto, que dicen los Santos que uno de los mayores castigos de Dios, y donde él muestra mas su ira, es en entregar al pecador en manos de este enemigo, entregándole á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles sayones. Y traen para esto muchos lugares de la Sagrada Escritura, como aquello del Profeta: “No me quiso obedecer mi pueblo, ni oír mis consejos: dejes que se fuesen tras sus apetitos y deseos, y siguiesen sus invenciones y antojos (3).” Y el Apóstol San Pablo dice que este es el castigo que envió

(1) *Ambros. lib. de Patriarcha Joseph, c. 3. — Gen. XXXIX. 7.*
 (2) *Chrys. hom. de David, et Saulo, tom. 1. — I. Reg. XXIV. 7. — I. Reg. XVIII. 6.*
 (3) Et non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi, et dimisi eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adventionibus suis. *Ps. LXXX. 12.*

Dios á aquellos soberbios filósofos gentiles que por su altivez y soberbia, conociendo á Dios, no lo reverenciaron como á tal, ni le hicieron gracias, antes sí se desvanecieron con su ciencia, por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazón y á la inmundicia, y que contaminasen sus mismos cuerpos con vicios (1); y así, el castigo con que Dios los castigó, fué que los entregó á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles verdugos. Nota San Ambrosio que este entregar de Dios, que aquí y en otros muchos lugares de la Sagrada Escritura leemos, no se ha de entender que Dios incite á mal á nadie, ni le haga caer en pecado, sino es permitir que esos apetitos y deseos malos, que habian concebido allá dentro en su corazón, vengan á salir á luz, y ayudados é instigados del demonio los vengán á poner por obra.

Veráse bien cuán grande castigo sea este, por lo que se sigue de ahí; va poniendo el Apóstol cómo les fué con este castigo á aquellos soberbios filósofos, y cómo les trató este cruel enemigo, á quien Dios los entregó. No se puede decir ni encarecer con palabras á qué extremo de males los llevó; llevólos por todo género de pecados, y no paró hasta dar con ellos en pecados sucios, feos, abominables y nefandos (2). ¡Ay de vos, cuál os parará ese vuestro enemigo, esa bestia fiera é indómita, si os dejais caer en sus manos! Dice San Ambrosio: «¿Queréis que os diga de qué manera os tratará y cuál os parará? como un caballo desbocado y furioso, que lleva al que vá encima de lodazal en lodazal y de barranco en barranco, hasta dar

(1) Qui cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis: propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis. *Ad Rom. I, 21 et 24.*

(2) Tradidit illos Deus in passiones ignominiae. *Ad Rom. I, 26.*

con él en un despeñadero (1); de esa manera os tratará ese vuestro apetito, si no le sabeis domar y mortificar, y ser señor de él; llevaraos de pecado en pecado y de vicio en vicio, y no parará hasta despeñaros en pecados gravísimos y dar con vos en el profundo del infierno. Y así dice el Eclesiástico: «Mira, no te dejes llevar de tus malas inclinaciones y apetitos: guárdale de tu propia voluntad, porque si te dejas llevar de tus malas inclinaciones y apetitos, harás que tus enemigos vean mal gozo de tí, y serás para ellos materia de risa y escarnio (2).» No hay mayor fiesta para nuestros enemigos los demonios, que vernos entregados á nuestros apetitos y antojos; porque ellos nos pararán tales, cuales todo el infierno junto no pudiera. Y así pide el Sábio á Dios muy encarecidamente que no le envíe tal azote y castigo: «Oh Señor y Dios de mi vida y de mi alma, no me entreguéis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitais que me lleve tras sí (3).» Con razón dicen los Santos que no hay mayor señal de la ira de Dios que dejar al pecador andar á su placer y al sabor de su paladar, siguiendo sus apetitos y deseos. Cuando el médico deja al enfermo que coma y beba lo que quisiere, señal es de muerte, déjale por desauiciado. Pues eso es lo que hace Dios con el pecador cuando está muy airado con él; déjale que haga lo que quisiere: ¿y qué es lo que ha de querer el hombre tan enfermo y tan mal inclinado, sino lo que le hace daño y le causa la muerte? Por aquí se entenderá bien el infeliz y

(1) Qui dominari nescit cupiditatibus, is quasi equus raptatur indomitus, volvitur, obteritur, laniatur, affligitur. *Ambros. lib. 3 de Virginibus.*

(2) Post concupiscentias tuas non eas, et a voluntate tua avertere. Si praestes animae tuae concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis. *Ecl. XVIII, 30.*

(3) Domine Pater et Deus vitae meae, aufer a me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiae ne apprehendant me, et animae irrevorenti, et infrunitae ne tradas me. *Ecl. XXIII, 4 et 6.*

peligroso estado de los que tienen por felicidad y grandeza hacer en todo su voluntad.

CAPITULO IV.

Del odio santo de sí mismo, y del espíritu de mortificación y penitencia que de él nace.

Si se considera bien lo que se ha dicho, bastará para engendrar en nosotros aquel odio y aborrecimiento santo de nosotros mismos que Cristo nuestro Redentor nos encomienda tanto en el sagrado Evangelio, que sin él, dice (1), no podemos ser discípulos suyos. Porque ¿qué mas es menester para esto que saber que este nuestro cuerpo es el mayor contrario y enemigo que tenemos? Enemigo mortal, el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, á quien le dá de comer y todo lo que ha menester; que por haber él un poco de placer no tiene en nada dar en ojos á Dios y echar el ánima en el infierno para siempre jamás. Si dijese á uno: sabed que uno de vuestra casa y de los que comen y beben con vos os arma una traición para mataros, ¿qué temor tendría? Y si le dijese: pues sabed mas, que es tanto el odio y enemistad que tiene con vos, que tiene tragada la muerte á trueque de mataros; ya sabe que luego le han de coger y matar á él, y con todo eso tiene arriesgada su vida por salir con la suya: ¿cómo estando comiendo, y echándose á dormir, y á todas horas temería y estaria con sobresalto, si habia de venir entonces y darle una puñalada que le acabase! Y si pudiese descubrir quién, ¿qué odio le cobraría y qué venganza tomaría de él! Pues eso es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros y sabe muy bien que haciendo mal

á nuestra ánima le hace también á sí mismo, y que echando el ánima en el infierno ha de ir él allá tras ella; y con todo eso, á trueque de salir con su gusto lo atropella todo y no repara en nada. ¡Mirad si tenemos razón de aborrecerle! ¿Cuántas veces os ha puesto en el infierno este vuestro enemigo? ¿Cuántas veces os ha hecho ofender á aquella infinita bondad? ¿De cuántos bienes espirituales os ha privado? ¿Cuántas veces pone vuestra salvación en peligro cada hora? ¿Pues quién no se indignará y tomará un coraje santo con quien tantos males le ha hecho, y de tantos bienes le ha privado, y en tantos peligros le pone cada momento? Si aborrecemos al demonio y le tenemos por capital enemigo por la guerra y daño que nos hace, mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace mas cruel y mas continúa guerra, y muy poco podrian los demonios si no tuviessen de su parte esta carne y sensualidad para hacernos guerra con ella.

Esto les hacia á los Santos tener este odio y aborrecimiento contra sí mismos; y de ahí nacia en ellos un espíritu grande de mortificación y penitencia para vengarse de este su enemigo, y tenerle sujeto y rendido, y andar siempre con temor de dar algun contento y regalo á su cuerpo, pareciéndoles que eso era ayudar y dar armas á su enemigo y que cobrase bríos y fuerzas para hacerles mal. Dice San Agustín: «No ayudemos ni demos fuerzas á nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu (1); sino procuremos castigarla y mortificarla para que no se levante á mayores; porque, como dice el Sábio (2), «el que delicadamente cria á su siervo desde su pri-

(1) Ne praebemus vires illicitas corpori nostro, ne committat bellum adversus spiritum nostrum. *Aug. lib. seu exort. de salutaribus monitiis, cap. 35.*

(2) Qui delicate a pueritia nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem. *Prov. XXIX, 21.*

(1) Luc. XIV, 26.

mera edad, despues le hallará rebelde y contumaz."

Andaban aquellos santos monges anti- guos con tan grande cuidado en este ejer- cicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas á este enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tomaban traba- jos corporales muy escesivos para domar y quebrantar su cuerpo, como cuenta Pala- dio de un monge, que era muy fatigado de pensamientos de vanidad y soberbia y no podia echarlos de sí; acordó de tomar una espuerta, y pasar á cuestras un gran mon- tón de tierra de una parte á otra. Pregun- tábanle: «¿qué haceis?» Respondia: «Ator- mento y fatigo á quien me fatiga y ator- menta: véngome de mi enemigo (1).» Lo mismo se dice de San Macario en su vi- da (2); y de San Doroteo se cuenta que hacia gran penitencia y afligia mucho su cuerpo. Y una vez, viéndole otro tan tra- bajado, dijole: «¿Por qué atormentas tan- to tu cuerpo?» Respondió: «porque me ma- ta él á mí.» El glorioso San Bernardo, en- cendido en un odio y corage santo contra su cuerpo, como contra enemigo suyo capital, decia: «Levántese Dios en nuestra ayuda, y sea destruido este enemigo, menospre- ciador de Dios, amator del mundo y de sí mismo, siervo y esclavo del demonio (3). Por cierto, si teneis buen sentir, que di- gais conmigo: bien merece la muerte, muera el traidor, pónganle en un palo, crucifiquenle (4).»

Pues con estos brios y aceros habemos de andar nosotros mortificando nuestra car- ne y sujetándola para que no se levante á

(1) Vexo eum, qui me vexat. Palladius.
(2) Hist. Eccl. p. 2, lib. 6, c. 2.
(3) Exurgat Deus, cadat armatus iste; cadat, et coneratur inimicus homo, contemptor Dei, amator sui, amicus mundi, servus diaboli. Bernard.
(4) Quid tibi videtur? certe si recto sentis, mecum dices: reus est mortis, crucifigatur, crucifi- gatur. Id.

mayores y lleve tras sí el espíritu y la ra- zon: especialmente, que vencido este ene- migo, quedará tambien el demonio venci- do. Asi como los demonios nos hacen guer- ra á nosotros, y nos procuran vencer to- mando por medio nuestra carne, asi nos- otros habemos de hacer guerra á los demo- nios y vencerlos, mortificándola y contra- diciéndola. Nota esto muy bien San Agus- tin, sobre aquellas palabras del Apóstol: «No peleo yo contra el demonio, como quien dá golpes en el aire y pelea con los duendes, tirándoles cuchilladas, porque eso es dar en vacío, sino castigo y mortifico mi carne, y procuro tenerla sujeta y rendi- da (1);» dice el Santo (2): «Pues castigad vos vuestra carne, mortificad vuestras pasiones y malas inclinaciones, y de esa manera vencereis los demonios, porque de esa ma- nera nos enseña el Apóstol á pelear con ellos.» Cuando un capitan que está en fron- tera de moros va al rebato, al moro que tie- ne cautivo, échale en la mazmorra y déjale aherrojado, porque no se levante contra él y ayude á sus enemigos; pues eso es lo que habemos de hacer nosotros sujetando y mor- tificando nuestra carne, porque no se haga del bando de nuestros enemigos.

CAPITULO V.

Que nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion.

De aqui vinieron á decir los Santos y maestros de la vida espiritual que todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en la mortificacion. Dice San Gerónimo: «Tanto aprovecharás, cuanta fuerza te hi-

(1) Ego igitur sic curro, non quasi in incertum, sic pugno, non quasi aerem verberans, sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo. I. ad Cor. IX, 26.
(2) Castiga corpus tuum, et diabolum vinces: hoc enim modo Paulus adversus illum docuit nos esse pugnandum. Aug.

cieres (1).» Y sobre aquello de Job: «No se halla en la tierra de los que viven blanda- mente (2),» dice que la perfecta sabidu- ria y el perfecto temor de Dios no se halla en la tierra de los que viven suavemente; esto es, conforme á su voluntad. Asi como la tierra de labor, cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas, dicen que huelga y descansa; y cuando la obligan á llevar trigo ú otra cosa semejante, entonces dicen que trabaja; asi cuando uno vive segun sus querer y antojos, decimos que se huelga y vive suave y gustosamen- te. Pues en esa tierra, dice San Gerónimo, no se halla la verdadera sabiduría, sino en la de los que trabajan y se mortifican y nie- gan sus apetitos. Esta es la regla y la me- dida con que miden los Santos la virtud y el aprovechamiento espiritual de cada uno. Si quereis ver cuánto habeis aprovechado en la virtud, mirad cuánto os habeis morti- ficado, qué tan vencidas y domadas teneis vuestras pasiones y malas inclinaciones; cómo os va de humildad y paciencia; si está muerta en vos la aficion de las cosas del mundo y de la carne y sangre, y en eso se verá si habeis aprovechado ó no; no en si teneis muchas consolaciones y gustos en la oracion. Y asi leemos de nuestro bienaventu- rado P. San Ignacio (3) que hacia mas caso de la mortificacion que de la oracion, y por ella media el aprovechamiento de cada uno. Y nuestro P. S. Francisco de Borja (4), cuan- do le alababan alguna persona como santa y perfecta, decia: «serálo, si es mortificada.» Ludovico Blosio dice (5) que el siervo de

Dios mortificado es como un hermoso raci- mo de uvas que está ya maduro, sazona- do, blando y suave al gusto; y el que no está mortificado, como un racimo de agraz, duro, amargo y desabrido, conforme á aquello de Isaías: «Esperaba produjese uvas, y produjo agraces (1).» Esta dife- rencia hay de los hijos de Dios á los hijos de este siglo, que estos se rigen por sus apetitos sensuales, y no tratan de mortifi- cacion; pero los que son de Cristo, tratan de mortificar y crucificar sus afectos y ape- titos, y no se rigen por ellos, sino por es- píritu y razon (2).

Es verdad que nuestra perfeccion esen- cialmente no consiste en la mortificacion, sino en la caridad y amor de Dios, y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas unido estuviere con Dios por amor: pero asi como la piedra, que está en lo alto, quitando los impedimentos que allí la detienen contra su natural inclinacion, luego ella por sí corre al centro, que es su lugar natural, asi nuestra ánima, que es sustancia espi- ritual y criada por Dios, quitados los im- pedimentos y estorbos de los apetitos des- ordenados y malas inclinaciones, que la tienen presa é inclinada á las cosas de acá, luego ella, ayudada con la divina gracia, se va á Dios, como á su centro y fin, y se abraza con él por el amor. Dice muy bien San Agustin: «Todas las cosas se mueven conforme al peso que tienen; las cosas livia- nas arriba, como el aire y el fuego; las pe- sadas abajo, como la tierra y el agua (3).» Lo que es el peso en los elementos y cuer- pos naturales, es el amor en las criaturas racionales; y asi como las cosas naturales

(1) Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris. Hieron.
(2) Nec invenitur in terra suaviter viventium. Job XXVIII, 13.
(3) Lib. 5, cap. 40, de la vida de N. P. S. Ig- nacio.
(4) Lib. 4, c. 5 de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.
(5) Blosius in inst. spirital., cap. 2.
B. del C., tomo XIV.—1.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

(1) Expectavi, ut faceret uvas, et fecit habruscas. Isaiae V, 4.
(2) Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifi- xerunt cum vitiiis, et concupiscentiis. Ad Galat. V, 24.
(3) Ponderibus suis aguntur omnia, et loca sua petunt, levía sursum, et gravía deorsum. August. lib. XIII Confess. c. 9.

se mueven conforme al peso que tienen, así las criaturas racionales se mueven conforme al amor que en ellas predomina y reina, porque ese es su peso (1); si predomina en nosotros el amor de las cosas de acá, el apetito de honra y estimacion, y de hacer nuestra propia voluntad, y buscar nuestras comodidades, nuestros movimientos y deseos serán sensuales y de la tierra; pero si con la mortificacion nos desasimos del amor de todas esas cosas sensuales, predominará en nosotros el amor del Criador, y ese será nuestro peso, y luego se irá nuestro corazon á Dios con mas ligereza que la piedra al centro. «Hicistenos, Señor, para tí, y está inquieto nuestro corazon hasta que descansa en tí (2).» Por esto miden los Santos nuestro aprovechamiento y perfeccion con la medida de la mortificacion; porque el que estuviere muy mortificado, tendrá mucho amor de Dios y mucha perfeccion.

Sobre aquello del Salmo cuarenta y uno: «Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, Dios mio (3),» dice San Agustin: «El ciervo mata las serpientes, y despues que las ha muerto tiene gran sed, y corre con gran velocidad y ligereza á las fuentes de las aguas (4).» Y aplícalo muy bien á nuestro propósito. «Quereis saber qué es la causa por que no teneis mucha sed y deseo de la perfeccion y mucho amor de Dios? La causa es porque no matais las serpientes, como el ciervo. Las serpientes son nuestros vicios y pa-

(1) Pondus meum amor meus; eo feror, quocumque feror. *Aug. lib. 13, conf. c. 9.*

(2) Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. *Aug. lib. 1, conf. c. 1.*

(3) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus. *Ps. XLI.*

(4) Cervus serpentes necat, et post serpentium interemptionem majori siti inardescit, peremptis serpentibus ad fontes aerius currit. *Aug. in Ps. XLI, 1.*

siones desordenadas (1); matad y mortificad vos esas serpientes, y luego tendreis gran sed de la virtud y perfeccion; luego amará y deseará vuestra ánima á Dios, como el ciervo las fuentes de las aguas. De manera, que al paso que anduviere la mortificacion, á ese paso andará la perfeccion y amor de Dios. Y en otra parte dice: «El aumento de la caridad es disminucion del mal deseo, y su perfeccion ningun deseo malo (2).» Así como el oro se va purificando y acendrando mas mientras mas se va gastando y consumiendo la liga que tiene, así la caridad y amor de Dios se va perfeccionando y aumentando mas, mientras mas se va disminuyendo y acabando el amor desordenado de nosotros mismos y de todas las cosas de acá; y cuando ese estuviere consumido y acabado, la caridad y amor de Dios será del todo puro y perfecto.

Casiano cuenta (3) del abad Juan, que estando ya para morir, le cercaron sus discípulos, como lo suelen hacer los hijos á los padres en aquella hora, y pidiéronle con mucha instancia les dijese alguna cosa para su consuelo y provecho espiritual, que les diese algun documento breve y compendioso para alcanzar la perfeccion. Dá un suspiro muy grande, y dice: «nunca hice mi voluntad; y juntamente os digo otra cosa, que es tambien de mucha importancia, que nunca enseñé á otro cosa que yo no pusiese primero por obra.»

(1) Serpentes vitia tua sunt, consume serpentes iniquitatis, tunc amplius desiderabis fontem veritatis. *ib.*

(2) Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis: perfectio nulla cupiditas. *Aug. lib. 83 qq. quaest. 6.*

(3) Ut memoriale aliquod mandatum, velut haereditarium legatum relinqueret, per quod possent ad perfectionis culmen praecepti compendio facilius pervenire.—Ingemiscens ille, nunquam, ait, meam feci voluntatem; nec quemquam docui, quod prius ipse non feci. *Casian. lib. 5, de inst. renuntiant. c. 28.*

CAPITULO VI.

Que á los religiosos, y especialmente á los que tratan con prójimos, les es mas particularmente necesaria la mortificacion.

De todos los siervos de Dios es propio este ejercicio de la mortificacion, y todos tienen necesidad de él para irse cada dia ajustando mas con la voluntad de Dios; pero particularmente es propio de los religiosos, porque para eso dejamos el mundo y venimos á la Religion; y eso, dice San Benito que es ser religioso, corregir y mudar sus costumbres. Y así, en la profesion que hacen sus religiosos, dicen: «Prometo mudanza y enmienda de costumbres (1).» Eso es lo que profesamos en la Religion y eso habemos de ir haciendo con la mortificacion, despojándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, como dice San Pablo (2). Y así decia San Bernardo á los que entraban en Religion: «mirad que el espíritu solo ha de entrar acá, y el cuerpo se ha de quedar allá fuera,» dándoles á entender que en la Religion no han de tratar de regalar su cuerpo, ni de vivir conforme á sus apetitos é inclinaciones; sino que todo el cuidado se ha de tener con el alma y con el espíritu, conforme á aquello de el Apóstol: «Andad en espíritu, y con eso refrenareis los deseos ó inclinaciones de vuestra carne (3).» Esto es andar en espíritu, cosa tan encomendada y deseada de los siervos de Dios, vivir segun la mejor parte de nosotros, que es el espíritu y la razon, y no segun la parte inferior, que es la carne y sensualidad. Casiano dice (4) que era resolucion y tradi-

(1) Promitto conversionem morum meorum.

(2) Spoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum. *Ad Colos. III, 9.*

(3) Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. *Ad Galat. V, 16.*

(4) Multis quidem experimentis edocti tradunt, eum in coenobio diutius perdurare non posse, qui prius voluntates suas non didicerit superare. *Casian. lib. 4 de inst. renuntiantium, c. 8.*

cion comun de aquellos Padres antiguos, y muy aprobada por esperiencia, que no podría uno aprovechar, ni aun durar mucho en la Religion, si no trataba muy de veras de mortificar su voluntad y apetitos, porque estos son muy contrarios á las cosas que hay en la Religion.

Aunque á todos los religiosos les conviene esto mucho, pero á los que tenemos por instituto tratar con prójimos nos es mas necesario. San Crisóstomo (1) va probando muy bien que la mortificacion de las pasiones es mas necesaria á aquellos que para ayudar á los prójimos tratan y conversan en medio de los pueblos; porque en ellos estas fieras (que así llama él á nuestras pasiones) tienen mucho mayor cebo para sustentarse con las ocasiones grandes que hay. El soldado que no sale al campo, disimula su flaqueza; mas saliendo, descubre quién es. Así, dice San Crisóstomo, el que está en su rincón, disimula sus faltas; pero el que ha de salir á pelear con el mundo, y ha de ser espectáculo de él, es menester que sea señalado en virtud y mortificacion. Y mas: para ganar á aquellos con quien tratamos, es menester acomodarnos y hacernos á la condicion de ellos, en cuanto fuere posible, conforme á aquello del Apóstol: «A todos me acomodo, para ganarlos á todos (2);» y para esto, bien se vé cuán necesaria es la mortificacion. Dicen allá los filósofos, que la niña del ojo, aquella parte donde se reciben las especies de los colores y se forma la vista, no tiene ningun color, y que fué necesario así para que pudiese recibir en sí las especies de todos los colores y los pudiese ver todos como son; porque si fuera de algun color, no pudiera percibir sino aquel (3); si fuera verde, todo lo que viéramos nos

(1) Crisost. *lib. de Sacerdot.*

(2) Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos. *I. ad Cor. IX, 22.*

(3) Intus existens prohibet extraneum.